

### **13° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 09.09.2013**

Continuamos meditando sobre el tema de la paz en la Regla de san Benito. Además de los pasajes de los que hablé el sábado, existen otras menciones significativas que nos ayudan a comprender que la búsqueda y la petición de la paz, que viene de Dios, es una actitud que se encarna en la vida cotidiana, en situaciones humanas concretas. Es decir, la paz no es una simple “espiritualidad”, sino una dimensión de la vida.

Permitidme un breve paréntesis. En la vida monástica, y en la vida consagrada en general, debemos estar siempre atentos, porque para nosotros la espiritualidad se corresponde con frecuencia a lo que equivale la ideología en la vida social: una construcción de ideas y sentimientos de referencia propia, que no se radican ni se encarnan en la vida real. Como los sueños, las abstracciones, pero que tienen, desgraciadamente, el poder de influir sobre nuestro modo de vivir la vida real, censurándola, manipulándola, deformándola. Y esto puede durar años sin que nos demos cuenta de ello. Y, mientras tanto, la vida de quien vive así no crece, no madura; sin hablar del daño, o, por lo menos, el tormento, que esto puede provocar en los demás. Cierro el paréntesis.

Por lo tanto, decía que san Benito, para quien la paz no es una espiritualidad o una ideología abstracta, nos habla de situaciones que nos ayudan a comprender cómo encarnar la necesidad de la paz en nuestras vidas.

En el capítulo 34, “Si todos deben tener lo necesario en igual medida”, san Benito inserta la referencia a la paz al hablar de la distribución de los bienes según la necesidad de los hermanos. Prescribe, inspirándose en la comunión de los bienes de la primera comunidad cristiana, descrita en los Hechos de los Apóstoles, que los bienes se distribuían a cada uno según su necesidad (cfr. Hch 4,35), no haciendo preferencias arbitrarias, pero con la conciencia de que no somos siempre iguales a nivel de necesidad, sobre todo, cuando esta depende de la enfermedad o deficiencias de cada uno. Esta atención personal a la necesidad de cada uno puede, evidentemente, provocar sentimientos de división de los corazones: celos, orgullo, crítica, frustración. San Benito recomienda entonces a toda la comunidad de mirarse a sí misma como un cuerpo compuesto de varios miembros, en el que la vida circula en la medida en la que circula el amor. La fragilidad o la fuerza de los miembros de un cuerpo no están en contraposición, en conflicto, sino que están compartidos en la única vida del cuerpo. Cuando se tiene esta conciencia de comunión en la vivencia comunitaria, los sentimientos de división con respecto a lo que se tiene o no, se hacen absurdos. El estar contentos o descontentos no es ya un sentimiento de los unos contra los otros, porque domina el sentimiento de la comunión, que implica el compartir y la compasión. San Benito, después de haber llamado a esta comunión de sentimientos en el cuerpo de Cristo, que es la comunidad, concluye que solo “así todos los miembros estarán en paz” (RB 34,5).

La paz se describe aquí como el sentimiento de sí que experimenta el cuerpo de Cristo de la comunidad cristiana cuando circula en ella la caridad, cuando domina la mirada benévola de los unos para con los otros, que no se deja turbar por las diferencias de talentos, de bienes y de derechos.

San Benito nos hace comprender de este modo que la paz la recibimos y la mantenemos, o la rechazamos, incluso por el modo con el que consideramos las cosas, los bienes, las necesidades nuestras y de los demás.

Ser conscientes de esto es de una importancia “mundial”, porque casi todos los litigios y las guerras nacen, precisamente, de una sed de posesión y de dominio que pierde la mirada sobre las personas, que mira más a las cosas que a las personas. Por esto, el Papa, en el Ángelus del domingo primero de septiembre, como en tantas otras intervenciones, llama a todos, y en particular a los poderosos, a no olvidar que quienes sufren en los conflictos son las personas, sobre todo las más frágiles, como los niños. En efecto, en los conflictos, en las guerras, se tiene la tendencia, a despersonalizar los llamados “enemigos”, que se convierten en números, cifras, fuerzas. Se intenta censurar que el “enemigo” es, ante todo, un ser humano, una persona, y que la persona no puede ser reducida únicamente a lo que tiene, ni tampoco a lo que hace. Todas las guerras nacen, en el fondo, de la reducción del otro a lo que tiene, sobre todo, al poder que tiene. Pero esta reducción del otro es también una reducción de uno mismo, porque quiere decir que quizá por uno mismo no se comprende un valor más grande que aquel que deriva de lo que se tiene o no se tiene. La victoria no es ya otra cosa que un tomar para sí lo que tiene el otro.

Ahora entendéis que en este capítulo 34 de san Benito se describe en el fondo el punto crucial que del pequeño corazón del hombre puede conducir a una guerra mundial. En el fondo, ¿qué diferencia hay entre los celos y concupiscencia que puedo tener con respecto a lo que posee mi hermano o hermana y los celos o concupiscencia de una nación, de una superpotencia, con respecto a lo que posee otra nación, otra superpotencia? Es el mismo mecanismo, la misma lógica del pecado, con la diferencia que yo soy el responsable de lo que ocurre entre mí y mi hermano o mi hermana. Una responsabilidad que me parece insignificante, sin ninguna influencia en el mundo; pero ¿quién me dice que una guerra mundial no pueda ser el resultado final de tantos conflictos imperceptibles de poder y de posesión, entre los que se incluyen también mis secretos conflictos diarios, mis pensamientos, mi mirada envidiosa o despreciativa hacia el hermano que tengo cerca?

San Benito, en el capítulo 34, nos pide precisamente una conversión en este sentido. Nos pide un trabajo para abrirnos a la paz en la vida diaria de nuestra comunidad. Nos pide aprender a mirar a las personas sin reducirlas a lo que tienen, nos pide mirar a sus cualidades y a su fragilidad, y de permitir al abad, o a quien corresponda, de tomar decisiones y distribuir los bienes mirando, ante todo, las personas, no las cosas. No por preferencias de simpatía, porque sería un mirar

las personas como si fuesen cosas que el abad intenta poseer con lisonjas, sino con el amor gratuito que busca el bien del otro sin beneficios para uno mismo. Cuando en una comunidad hay esta mirada al prójimo que piensa en el otro y en su bien, entonces, es como si la paz pudiese descender como una paloma y posarse sobre la comunidad: “así todos los miembros estarán en paz” (RB 34,5). Y quizá sea así como también toda la humanidad, como todo el mundo, podrá estar en paz.

Así pues, este capítulo 34 nos enseña que los mecanismos de la guerra pasan por el corazón del hombre. Pero nos enseña también, y sobre todo, que también la paz del mundo pasa por nuestros corazones. Un corazón que dice no a la tristeza de la concupiscencia de la posesión, que no ve al hermano, sino las cosas que tiene; un corazón que dice no a los celos que hacen de Caín el asesino de su hermano Abel, se convierte en semilla de la victoria de la paz para el mundo entero.

La paz de Dios se posa sobre la humanidad cuando el hombre renuncia a definir el valor de sí mismo y de los demás en la medida de lo que se posee, del poder, de lo que se tiene: bienes, cargos, honores...

Entonces comprendemos que lo que aquí nos pide san Benito, este trabajo continuo sobre los sentimientos y la mirada que tenemos en nuestras relaciones con los hermanos y hermanas, no es para ser excelentes monjes y monjas, no es solo para nuestra pequeña santidad personal: es para la salvación y la transformación del mundo entero, es para favorecer la paz del mundo entero.

Y es así como comienza a irradiarse en la comunidad la obra de Dios de la adopción filial en Cristo. Lo que el padre de la parábola del hijo pródigo muestra al hermano mayor es precisamente una invitación a convertirse de una mirada envidiosa y conflictiva, que piensa solo en las cosas, a una mirada fraterna y filial, que ve la persona, que ve al hermano, que ve al padre, es decir, que ve el corazón del otro, descubriendo así la verdadera belleza del propio corazón:

“Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo, [todo lo que yo tengo, lo tienes también tú; no te preocupes de tomarlo, de poseerlo: ¡lo tienes ya en mi amor por ti!] pero había que hacer fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15,31-32). Mira a tu hermano, mírale a él que está aquí, que ha vuelto a casa; no pienses en el dinero, en el cabrito, en el anillo que le he puesto en el dedo, en el ternero cebado que he mandado matar para el banquete, ... ¡Mírale a él, entra a ver y a abrazar a tu hermano! Déjate atraer más por la relación con él, y conmigo, que por la posesión de las cosas, porque así serás más tú mismo, serás más hijo y hermano también tú, y, por lo tanto, más feliz y más libre. ¡Encontrarás la paz y podrás darla a todos!

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*